

LB 775
C62
1901



BIBLIOTECA



ACERVO GENERAL

118060

CUATRO PALABRAS AL LECTOR

La *Escuela Normal del Estado de Veracruz-Llave* (México), no puede menos de sentir gozo profundo y sincero al sacar á luz la traducción del estimable *Curso de Moral*, escrito por el laborioso y aplaudido autor francés, Sr. Gabriel Compayré, hecha por los alumnos de la misma asignatura del predicho Instituto (5 año escolar), é impresa por la benemérita casa editora *Viuda de Ch. Bouret*, la cual tan señalados servicios está haciendo á la noble y dignísima causa de la cultura popular con la publicación de las notables obras de texto que imprime, y cuya tarea va convirtiéndose ya en empresa verdaderamente sistemática.

Complácese, por su parte, el referido Instituto veracruzano en creer que, con la versión del libro mencionado, ejecutó dos actos laudables : primero, hacer un bien notorio á la instrucción de nuestra República y, segundo, dar evidentes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

curso de Moral práctica y, en el sexto, otro de Moral teórica. Por último, la enseñanza de la Moral se da también en los Colegios y Liceos de señoritas. Puede, por lo tanto, asegurarse que la enseñanza filosófica de la Moral se considera, actualmente, como uno de los elementos esenciales de la instrucción pública en todos sus grados.

Necesidad de esta enseñanza. — Apenas hay necesidad de insistir, poco ni mucho, en justificar una tal enseñanza; como quiera que no existe en el mundo ninguna persona que pueda prescindir de la moralidad. Si en las Escuelas Normales primarias es especialmente útil, supuesto que forma parte de la educación profesional de los futuros maestros, quienes tendrán, á su vez, que enseñarla á sus educandos de las propias escuelas primarias; no es menos cierto que el conocimiento sistemático de los derechos y los deberes tiene que ser indispensable asimismo á los alumnos de los Colegios y Liceos, como una de las bases de la educación general.

La enseñanza de la Moral presenta desde luego esta utilidad, á saber, que responde á los sofismas de la pasión, la cual está siempre lista para excusar las faltas y los vicios que se cometen; dado que su estudio hace fijar y penetrar en el espíritu los principios de la honradez, esclareciendo y fortificando los motivos de nuestras acciones y, en fin, preparándonos anticipadamente para que encontremos, por entre las dificultades de nuestra vida, la solución más conforme á la virtud y á la felicidad.

Objeciones. — No obstante lo expuesto, preséntanse algunas objeciones á las cuales conviene de antemano contestar. Por una parte se afirma que la Moral no constituye una Ciencia, desde luego que se sostiene por algunos que la misma no puede existir fuera de los dogmas religiosos, y, por otros, que es tan sólo un sistema de vanas afirmaciones, el cual

está destinado á desaparecer con la antigua Metafísica. En tal caso, no valdría realmente la pena enseñar una ciencia que no existe.

Por otra parte se protesta que positivamente la Moral es una Ciencia, pero se añade en seguida que es inútil su enseñanza, como quiera que el estudio de las verdades morales no sea otra cosa más que una inquisición meramente especulativa, sin que pueda ejercer influencia ninguna en la práctica, en la acción. Existe ciertamente, se dice, la ciencia moral en bellos libros que exponen los principios de la misma y se encargan de sacar las correspondientes consecuencias que en tales máximas se contienen; pero agrégase, inmediatamente, ser cosa imposible, por su enseñanza ó estudio, el hacer pasar estas sublimes verdades de la teoría á la aplicación, hacer descender la máxima del libro, que nos pinta el modelo ideal, al corazón, á la voluntad del alumno.

¿ Es por ventura una ciencia la Moral ? — Por más que digan aquellos que explotan contra la existencia de la Moral la diversidad y confusión de los sistemas filosóficos, la Moral es una Ciencia. Como se ha dicho ya, si hay muchas filosofías, no hay más que una moral, á saber, la moral del deber. « Si existen — afirma M. Janet * — sistemas morales que simulan la moral del deber, invocando principios distintos á los que aquélla proclama, es porque lo efectúan discurriendo y sutilizando sobre aquellos principios para hacerles significar idéntica cosa á aquella que nosotros denominamos *moral del deber*. » Aun los mismos que proponen *el interés bien entendido*, como principio determinante de nuestras acciones, concluyen por recomendar, en la práctica, las mismas virtudes que proclaman aquellos que siguen *el principio del bien*.

Se afirma, ciertamente, que el mundo atraviesa, en estos instantes, por una formidable crisis y que el

escepticismo contemporáneo destruye los fundamentos sobre los cuales ha descansado hasta hoy la sociedad ; deduciendo de aquí, ser ésta *un abrigo provisional que está amenazando ruina por todos lados, y que dentro de poco desaparecerá* (1).

Puede ser, en efecto, que el progreso obtenido por el espíritu científico, dé por resultado el que tengan que renovarse determinadas partes de la moral. Así vemos que algunos filósofos sutiles é ingeniosos, los cuales aspiran á deshacerse de todo género de prejuicios, y que llegan hasta excluir toda clase de principios necesarios, se ensayan, como M. Guyau *, en bosquejar el plan de *una moral sin obligación ni sanción* (2). Pero aun estos mismos ensayos ¿no prueban suficientemente que la humanidad no puede existir sin una moral, y que la filosofía busca por lo tanto, sin darse reposo, el establecimiento de una regla que informe y determine las costumbres, por lo mismo que la sociedad no puede prescindir de semejante regla? Al través de todas las variaciones experimentadas por el pensamiento humano en todas las religiones, en todos los sistemas filosóficos, hay siempre, y continuará habiendo, un fondo común de creencias, cuya legitimidad es posible establecer, y que muestra, desde luego, que ellas tienen por fuente ú origen las verdades psicológicas. Y en efecto, la moral no es otra cosa más que una aplicación, una inducción ó deducción de la *Psicología*.

Relaciones de la Psicología con la Moral. — La Psicología responde á esta pregunta : *¿ Quién soy yo ?*, la Moral á esta otra : *¿ Qué debo yo hacer ?* Fácil es comprender que estas dos cuestiones se tocan y están íntimamente ligadas la una con la otra. La solución de la primera nos da á conocer cuál es

(1) M. Boirac, *Revista Filosófica*.

(2) Tal es el título de una obra publicada en 1886, por M. Guyau.

nuestra naturaleza ; la de la segunda cuál nuestro destino. Ahora bien, nuestro destino no puede menos de ser la consecuencia de nuestra naturaleza ; supuesto que nuestros deberes no son obligaciones de un ser imaginario y abstracto, sino que son actos apropiados á las condiciones reales de nuestra propia existencia, la cual nos prescribe el desarrollo regular conforme al orden de nuestras naturales facultades. Con razón, pues, se ha podido decir que la moral era *la Psicología continuada*.

Los errores filosóficos y religiosos, en lo que atañe á sus respectivas doctrinas morales, provienen todos de errores que corresponden de antemano á falsas concepciones psicológicas. Si los místicos proponen al hombre un ideal de conducta sobrehumana y una abdicación completa de las terrenales aspiraciones, es porque ellos se niegan á reconocer las positivas necesidades de la naturaleza humana. Si, por el contrario, los epicúreos * rebajan el fin de la vida, dando rienda suelta á todas las pasiones y autorizando todos los placeres, es porque hacen caso omiso de todas las facultades que nos dignifican y engrandecen. Existe, por consiguiente, necesaria proporción entre lo que el hombre es y lo que debe ser. La moral del hombre no es, por lo tanto, ni la moral del ángel, ni la de la bestia.

La Moral independiente. — Falta solamente examinar la oposición de aquellos que no quieren oír hablar de una enseñanza moral separada de la religión. Pero la causa está ya completamente juzgada. Fuera y por encima de toda doctrina religiosa, existe una moral humana que se deriva únicamente de la ciencia pura, la cual se funda sobre la razón natural. Esta es aquella de la que nos hablaba Voltaire * cuando decía que nada de común guardaba con los dogmas ; y la que Talleyrand * nos recomendaba como una ciencia verdadera, cuyos principios

podrían ser demostrados por la razón de todos los hombres y por la de todas las edades ; hasta el punto de que á dicha moral pudiese considerársela como un lugar de cita general, en el que, no obstante las diferencias de sectas, los hombres podrían todos reunirse y refugiarse confiadamente.

Caracteres propios de la Moral. — Lo que distingue á la Moral de las otras ciencias, es que ella no es tan sólo una ciencia de meros hechos, sino que es, á la vez, una ciencia de preceptos ; es decir, que se manifiesta mediante reglas. Afecta, en una palabra, un carácter imperativo, y tiende por consiguiente á algo más que á esclarecer la inteligencia, presentándole una serie de proposiciones que deba comprender ; aspira más bien á obrar sobre los sentimientos y la voluntad, en fin, sobre la acción.

De aquí esta nueva cuestión : ¿ Hay que esperar algún provecho práctico de la enseñanza de la moral ? Cuestión que se proponían ya los filósofos de la antigüedad, cuando se preguntaban : ¿ *Puede enseñarse la virtud ?*

¿ **Puede enseñarse la virtud ?** — Las ideas, se dice, no forman las costumbres ; ahora bien, la sola cosa que nos interesa, son las costumbres. De nada nos aprovecha el haber nutrido el espíritu de nuestros alumnos con bellas máximas morales, si estas máximas no se traducen en hechos. Poco nos importa el conocer las teorías de Kant * sobre la obligación absoluta del bien, las de los estoicos referentes á la soberanía de la virtud y la sublimidad de la fortaleza, si de hecho nos comportamos como un cobarde ó un libertino. Y en el mundo real, ¿ no es también cierto que las irregularidades y las deficiencias de la conducta se alían perfectamente con el conocimiento y la erudición morales más notables ?

Nosotros no tenemos inconveniente alguno en responder que el conocimiento de los deberes morales

no puede ser, en manera alguna, garantía absoluta del cumplimiento de los mismos. Tanto valdría afirmar entonces que Sócrates * tuvo razón al confundir la ciencia con la virtud ; al decir que se ejecutaba el mal únicamente porque se desconocía el bien. La virtud, más bien que un hecho de inteligencia, lo es de voluntad y sentimiento. Empero, una vez hechas semejantes salvedades, no es menos cierto afirmar que el conocimiento del deber es uno de los elementos esenciales de la moralidad ; bien así como el estudio de las reglas de la higiene es una de las condiciones de la salud.

El deber y los deberes. — Sin duda no hay necesidad de haber seguido un curso de moral, para saber que existe el deber. Instintiva y naturalmente el hombre cree en una ley moral ; y semejante creencia ha existido en todos los tiempos y cualesquiera que hayan sido los grados de civilización que marcase el termómetro social. Pero qué cosa ordene al hombre justo la ley moral, cuáles sean los deberes precisos y concretos que la misma nos prescriba ; he aquí lo que se ignora frecuentemente y lo que es necesario aprender. Y la prueba de esto se encuentra en que la fórmula de lo que es vedado y permitido, ha singularmente variado con el transcurso de los siglos. « En los tiempos perturbados, decía Guizot *, es con frecuencia más difícil conocer su deber que ejecutarlo. » Y adviértase que el autor referido hablaba haciendo alusión á los hombres inteligentes é ilustrados ; pues, con respecto al común de los mortales, es difícil en cualquier tiempo el conocer su deber. La conciencia tiende espontáneamente al bien, lo admitimos, pero precisamente lo que importa es demostrarle á esta misma conciencia en qué consiste el bien. ¡ Cuántas faltas, cuántos crímenes se cometen por ignorancia ! Si se hubiese enseñado á los intemperantes las consecuencias funestas que podría

acarrearles su mala conducta, ¿no es cierto que ellos hubieran vacilado, al menos, continuar en la vida que llevaban? ¿Cómo esperar, por otra parte, que se cumplan los deberes, siendo así que ni el nombre de los mismos ha llegado á nuestro conocimiento?

Para practicar lo debido, la primera condición que se requiere es el conocerlo; y es indudable que no se habrá perdido el tiempo si se ha hecho penetrar un poco más de luz en la obscura conciencia de la gente sencilla é ignorante.

El conocimiento de los deberes no es seguramente, por sí mismo, una garantía de moralidad; pero la ignorancia de los deberes, es indicio cierto de inmoralidad.

Los conocimientos morales considerados como principios determinantes de nuestros actos. — Equivocábase, por otra parte, quien creyera que la enseñanza moral pretende solamente mostrarnos ó iluminarnos el camino, sin acrecentarnos las fuerzas de que tenemos necesidad para marchar por él.

La verdad moral bien comprendida, á saber, cuando deja de ser una máxima aprendida tan sólo de memoria y recitada simplemente con los labios, para penetrar el espíritu del que la enuncia; no es entonces únicamente el poste guiador que se coloca al comienzo de la encrucijada, sino que es, al mismo tiempo, un principio de acción. Es un viático, un socorro; ella eleva y ennoblece los sentimientos; ella conforta y sostiene á la voluntad; ella prepara, en fin, el acto.

Hay ciertamente una estrecha solidaridad entre nuestra inteligencia y las otras facultades que poseemos. La verdad es que nosotros sufrimos cuando nuestra inteligencia se extravía por los sofismas y que, por esta misma razón, podemos aprovecharnos cuando la mente esclarecida, á la par que nos muestra el buen camino, nos impulsa á que entremos en el mismo.

Si hemos reflexionado atentamente sobre los principios de la moral, sobre las condiciones que determinan nuestra responsabilidad ¿no será cierto que entonces nos encontraremos con fuerza para resistir las tentaciones de la pasión? Es un error el creer que las ideas profundamente meditadas se detienen en la superficie del espíritu; por el contrario, ellas penetran en lo más íntimo de nuestra sustancia, discurriendo por nuestra carne y circulando por nuestra sangre.

Una máxima sencilla grabada en nuestro corazón y conservada en nuestra memoria, puede mucho para asegurar nuestra moralidad. ¿Acaso no sabemos todos por experiencia que, no pocas veces, en el momento de cometer una falta, de ceder á un instinto malo, nos hemos detenido por la súbita aparición en nuestra conciencia de una sentencia moral, aprendida en nuestra infancia, ó bien por un consejo paternal ó maternal que, no obstante los años transcurridos, todavía resonaba en nuestros oídos? Es verdad que, en semejante caso, hay que conceder una parte á la autoridad de aquellos seres amados que nos comunicaron el precepto; pero, á pesar de esto, el precepto por sí sólo, si nos hicimos bien cargo de su alcance y sentido, tiene su peculiar eficacia.

Si la verdad moral es tan constreñidora, escribía V. Cousin (1), es porque, como toda verdad, ella es lo que es, sin doblarse jamás á ningún capricho. Constantemente la misma y siempre presente, mal que nos pese á nosotros, condena inexorablemente, con una voz siempre oída, aunque no siempre escuchada, la voluntad insensata y culpable, que cree destruirla negándola, ó mejor fingiendo negarla.

Utilidad de la moral. — Aun hay otras razones más que exponer y las cuales justifican la enseñanza de la moral. Hase dicho, con razón, que la verdadera moralidad lejos de consistir en la conformidad exte-

(1) V. Cousin, *Lo Verdadero, Lo Bello, Lo Bueno*.

rior de las acciones con la ley, dependía más bien de la buena voluntad esclarecida y de la consciente intención; en una palabra, que antes bien reside en los motivos determinantes del acto, que en el acto mismo. Es evidente, pues, desde semejante respecto, que el estudio de la moral es indispensable; como quiera que una cosa sea, efectivamente, la inocencia inconsciente y ciega, y otra la virtud razonada; siendo esta última la sola que cuadra perfectamente con la dignidad del hombre. Añadamos que la virtud razonada, aparte de ser la que merece mayor premio, es la sola que puede responder á las necesidades de la vida. Si tan sólo somos virtuosos por hábito, ¿qué nos acontecerá cuando nos hallemos en presencia de nuevas condiciones, es decir, tan pronto como nos encontremos lanzados á una situación de la cual no tengamos experiencia? Es claro que, en tal caso, nos encontraríamos desarmados, teniendo únicamente por guías hábitos que no correspondiesen en manera alguna á las necesidades del acto que habríamos de ejecutar. Por el contrario, dirigidos por los principios, siempre podríamos hacer frente á las eventualidades de la vida y encontrar una respuesta exacta al problema que nos presentaren los azares de la existencia.

Procedimiento didáctico de la moral. — La moral soporta, por consiguiente, un procedimiento didáctico. Hoy en la escuela primaria, como ya lo hemos dicho, á los entretenimientos familiares, á las recitaciones ó ejemplos, es necesario unir, al menos en los cursos superiores de esta enseñanza, algunas sencillas lecciones graduales. Es preciso, como lo ha dicho Mr. Janet, *emplear con discreción, y bajo las formas más simples, el método doctrinal*. Pero en la enseñanza secundaria, tratándose de adolescentes, que tienen ya el hábito de la reflexión, que han seguido un curso de Psicología y que, por otra parte, han sido preparados é iniciados, por la marcha total

de sus estudios, para el conocimiento de las verdades morales, una serie de lecciones didácticas se impone real y evidentemente.

Limites y sentido de esta enseñanza. — No quiere significar esto que nosotros pretendamos reducir á una mera exposición teórica la enseñanza de la moral. No se trata solamente de poner á los alumnos en aptitud de definir y clasificar las nociones morales, sin tener cuidado de acostumarlos á hacer la aplicación de las mismas, durante el desarrollo de su propia existencia.

No es, por lo tanto, su instrucción sino su educación moral lo que debe preocuparnos y, en tal concepto, es preciso retener algo del método recomendado para la escuela primaria.

Se ha colocado á la enseñanza moral, decía M. Julio Ferry, en un sitio aparte; se le ha concedido un lugar de honor. Se ha dicho al maestro: La enseñanza de la moral no está sujeta á un procedimiento exclusivamente didáctico, que deba darse en treinta lecciones ó cuarenta; por el contrario, este aprendizaje debe estarse haciendo constantemente, y mezclarse con todas las otras enseñanzas, formando parte de todas las explicaciones que el maestro dé á sus alumnos; en una palabra, es una lección que, en todos los momentos, debe salir del corazón del maestro para dirigirse hacia el de los discípulos. No está contenida en un cuaderno ó en un libro; sino que consiste más bien en un conjunto de medios que tienen por exclusivo fin crear en la escuela una atmósfera moral digna, una atmósfera sana y fortificante (1).

He aquí de qué modo definía Talleyrand semejantes medios:

Tres métodos principales se ofrecen al espíritu: el primero es obligar al niño á hacer un verdadero aprendizaje de la moral, la primera de las artes, para que le sirva como un primer ensayo de las virtudes que la sociedad le exigirá un día, organizando esta pequeña sociedad naciente, según los principios de la gran organización social; el segundo consiste en multipli-

(1) Julio Ferry, Discurso pronunciado en el Congreso pedagógico de 1883.

car sin cesar, alrededor de todos los individuos, y en razón de sus afecciones, los motivos más determinantes que nos lleven á la ejecución del bien; el tercero tiene por objeto herir con impresiones virtuosas y profundas, los sentidos y todas las facultades del alma, de tal suerte que la moral, que podría al principio presentárenos como un producto abstracto de la sensibilidad, llegue á convertirse en un sentimiento, en un goce, y, por consiguiente, en un hábito enérgico (1).

En otros términos, es preciso, por una disciplina más liberal, que preparemos los jóvenes para la vida real, aumentando en ellos, por una libertad creciente, el sentimiento de su responsabilidad; multiplicando, en torno de los mismos, buenos ejemplos, rodeándolos de una continua atmósfera moral y enseñándoles, en una palabra, á gobernarse por sí mismos. Las últimas reformas llevadas á cabo en la dirección y organización de los establecimientos públicos de enseñanza, ¿no son, acaso, precisamente la aplicación de los consejos que Talleyrand daba, hace ya cien años, á sus contemporáneos?

Método que debe seguirse en su exposición.

— No es menos cierto que la educación moral permanecería vaga é incompleta si, á la influencia del ejemplo y á los ejercicios prácticos, no se añadiese una enseñanza regular y sistemática. En qué deba consistir esta enseñanza, lo hemos expuesto ya en otra obra, cuando pretendimos fijar los principios de la enseñanza psicológica (2). La Psicología y la Moral deben enseñarse del mismo modo.

Será necesario, por lo tanto, evitar todas las partes inútiles, desconfiar de la Metafísica, insistiendo, por el contrario, sobre todos los puntos que ofrecen un interés práctico; convendrá, en cuanto sea posible,

(1) Talleyrand, Informe sobre la *Instrucción pública*, presentado á la Asamblea constituyente.

(2) Véase la introducción de nuestra « *Psicología aplicada á la Educación* » [primera parte]: Por qué se enseña y cómo debe ser enseñada la Psicología.

hacer frecuentes llamamientos á la conciencia personal del alumno, conseguir que las máximas que se le proponen despierten en él algo más que un acto puramente mecánico de la memoria, produciéndose, más bien, un sentimiento íntimo y real; será muy conveniente, por medio de preguntas, excitarle á reflexionar y hacerle que encuentre por sí mismo la solución de los problemas morales; por último, será muy útil, por encima de todo lo dicho, ser sencillo y claro en la exposición, sin dejar por esto de ser grave y elevado, esforzándose en añadir, mediante acierto y tino, aun mayor autoridad á las ideas que está uno encargado de exponer.

Orden en que deben colocarse las materias que son objeto de esta clase de estudios. — Un gran número de profesores, lo mismo de los que pertenecen á la segunda que á la primera enseñanza, son de parecer que sería preciso invertir el orden seguido habitualmente en el estudio de la moral, colocando la *práctica* antes que la *teórica* (1).

Con respecto á nosotros, no podemos suscribir á esta ilógica inversión, la cual no son bastante á legitimarla las dificultades que presenta la misma exposición de las verdades morales. Se quiere hacer valer, para justificar semejante procedimiento, que la moral teórica estudia los principios y la moral práctica simplemente los hechos, que son los deberes generalmente admitidos y practicados por los hombres. Ahora bien, se dice, que las mismas exigencias del método piden que se eleve uno de los hechos á los

(1) Mr. Janet ha adoptado esta inversión en su « *Curso de Filosofía* », para uso de los liceos. Nosotros no dudamos en afirmar que un tal método nos parece malo. Reconocemos, no obstante, que es seguido en Bélgica, en donde la enseñanza de la moral comienza « por la exposición razonada de los deberes sociales », mediante « juiciosos ejemplos », así como también que los programas oficiales lo imponen en nuestra enseñanza secundaria especial.

principios, que parta de lo particular á lo abstracto. Respondemos que esto será quizás necesario, tratándose de los niños de la escuela primaria, los cuales para familiarizarse en las máximas generales de la moral, tienen necesidad de intermediarios concretos; pero esta preparación no puede prescribirse á los adultos que han seguido ya un curso de estudios, y á los cuales la propia enseñanza recibida los ha iniciado por lo menos en las verdades morales.

No hay medio: ó bien es preciso renunciar por completo á la enseñanza de la moral, ó bien es de absoluta necesidad aceptar resueltamente las condiciones lógicas. Recuérdese que el fundamento de la moral son los principios, la moral teórica, y que la moral práctica no es otra cosa más que la aplicación y la consecuencia de aquélla. Ahora bien, para condescender, sin necesidad por otra parte, con la pretendida debilidad del espíritu de nuestros alumnos, no vayamos á comprometer el orden normal, desnaturalizando el lógico encadenamiento de las ideas morales.

No será ciertamente dejándolo para más tarde, dilatando para el fin del curso la exposición de los principios teóricos de la moral, como podrá remediarse la dificultad, sino, por el contrario, simplificando esta parte de la enseñanza tanto cuanto sea posible, dándole una forma elemental y, por último, proscribiendo todo aquello que sea oscuro, sutil y trascendente (1).

Abstracciones y hechos. — La moral que determina los deberes particulares del hombre y que forma la lista de las virtudes, puede fácilmente yuxtaponer la regla y el ejemplo, la máxima moral, en toda su abstracción y generalidad, y, á la vez, una serie de

(1) Nosotros no hemos omitido, sin embargo, ninguna de las cuestiones inscritas en los programas, ya pertenezcan á la enseñanza secundaria clásica ó especial, ya á las escuelas normales primarias.

hechos particulares, los cuales presenten la aplicación é ilustren, por decirlo así, lo preceptuado.

Pero aun la misma moral teórica puede recurrir á los ejemplos. Las propias ideas expuestas por ella, como *el deber*, *la responsabilidad*, etc., se prestan á un empleo directo del mérito que busca en los hechos históricos, ó en las relaciones imaginarias, la confirmación concreta de las verdades generales de la ciencia.

Hechos históricos. — Seguramente los hechos históricos son los que mejor se adoptan para servir como ejemplos morales. Kant, sin embargo de lo dispuesto que estaba á excluir de la moral todo aquello que no fuese idea pura, reconoce la eficacia de las anécdotas históricas y no desapruueba el empleo moderado de las mismas.

La historia, dice un filósofo contemporáneo, tiene su moral escrita con brillantes caracteres en los ejemplos de sus grandes hombres y de sus grandes pueblos. Y aunque este género de enseñanza no es siempre el más seguro, es, al menos, el más poderoso para herir la imaginación de los muchedumbres. El mejor de los libros para el espíritu popular, es una vida pura, sencilla ó heroica, y la historia abunda en tales lecciones. (1)

Relaciones ficticias. — Es preciso ser más circunspecto y reservado en el empleo de las relaciones ficticias. Las historias conmovedoras y las ficciones instructivas que se usan frecuentemente, ó bien no salen de la esfera de lo vulgar y trivial, dejando por consiguiente frío el espíritu, ó bien si son explotadas por una imaginación poderosa, exaltan la sensibilidad, y la extravían por el sendero de lo novelesco.

Deseo, escribía Kant á este respecto, que no se presenten á los niños ejemplos de esas pretendidas nobles acciones, con las cuales meten tanto ruido nuestras producciones sentimen-

(1) Mr. Vacherot, « Ensayos de Filosofía crítica ».

tales;.... porque estas vanas aspiraciones hacia una perfección inaccesible, forman héroes de novela, y éstos, buscando una grandeza imaginaria, se creen libres de los deberes ordinarios de la vida, los cuales les llegan á parecer insignificantes.

De todos modos los ejemplos imaginarios, ya sean sencillos ó heroicos, son un estimulante á propósito para ejercer una influencia decisiva sobre el corazón y el espíritu de los educandos.

Hechos jurídicos. — Hase recomendado, en estos últimos tiempos, como una feliz idea (1) la de asociar, en cuanto esto sea posible, la moral, ó el derecho natural al derecho positivo; unir, en una palabra, mediante un estudio común, á las prescripciones de la conciencia, las obligaciones impuestas por los códigos, en las leyes civiles ó penales.

Seguramente que el dominio de la moral y de sus preceptos es mucho más extenso que el dominio de la ley y de sus prescripciones; supuesto que el principio del derecho escrito radica simplemente en la justicia social, en el respeto mutuo de la libertad. De aquí que la ley tan sólo haga referencia á aquellos actos que dañen los derechos de nuestros semejantes, que causen algún perjuicio á alguien; sin que, por otra parte, tenga cuidado de proteger las virtudes personales, ni la abnegación ni la caridad; ella no piensa siquiera en castigar las acciones por medio de las cuales cometemos una sinrazón con nosotros mismos, ni en reprimir tampoco la indiferencia del egoísta que rehusa hacer bien á otro.

Pero, una vez dicho esto, bueno es añadir no ser menos cierto que las reglas de la moral y los preceptos del derecho coinciden con frecuencia; que el derecho escrito no es otra cosa más que una traducción

(1) Véase en la « Revista Pedagógica » del 15 de Marzo de 1883, un artículo de Mr. Hérelle : « Observaciones sobre la enseñanza de la Psicología y de la Moral en las escuelas normales primarias ».

del derecho natural; que el bien jurídico, ya que no sea el bien moral en su totalidad, es al menos una parte del mismo.

Es cosa, por consiguiente, interesante, siempre que sea posible, el colocar junto á los principios morales su aplicación positiva, y mostrar cómo los legistas han sancionado en sus Códigos las enseñanzas de la razón natural. Los deberes de los hombres entre sí, en su mayor parte, ciertos deberes referentes á la familia y á la patria, no son únicamente capítulos de la moral filosófica, son asimismo artículos del código. ¿No es, por lo tanto, cosa evidente que estos hechos concretos, estas fórmulas breves y sorprendentes de la ley escrita, hieren vivamente el espíritu del niño y que contribuirán á fortificar en él la inteligencia y el sentimiento del deber? Como ya se ha dicho : *se dará más cuerpo y consistencia á la moral siempre que mostremos que sus principios se realizan cada día en la vida práctica, viviendo y manifestándose en las instituciones sociales, en los hechos diarios.*

Lecturas explicadas. — Al redactar este curso de moral, nos hemos inspirado en las consideraciones que preceden, cifrando exclusivamente todas nuestras pretensiones en escribir un libro apropiado á las necesidades de los futuros maestros. Nos ha faltado espacio para multiplicar, tanto cuanto lo hubiéramos deseado, los ejemplos y los hechos concretos; sin embargo, hemos procurado colocar al fin de cada capítulo, y al lado del resumen que hacemos de cada lección, algunas indicaciones que favorecerán, desde este punto de vista, las inquisiciones del profesor de moral, así como las que ejecuten los mismos alumnos.

Siendo entre todas las enseñanzas, la instrucción moral la que demanda de parte del alumno mayor esfuerzo y, por lo tanto, aquella para la que es más

insuficiente la palabra del maestro, hemos pensado que sería útil proponer, en seguida de cada lección, una ó muchas lecturas que fuesen objeto de los comentarios del maestro y de las meditaciones del discípulo. Estas lecturas, cuyo texto damos literalmente, son páginas entresacadas de aquellos autores clásicos que mejor han escrito, por consiguiente, con respecto á los asuntos morales en todos los tiempos, expresando, en su consecuencia, con mayor autoridad y convicción, todo lo referente á las principales verdades morales. Cada lectura, por otra parte, se encuentra íntimamente relacionada con la materia que se trata en la lección que la precede. La lectura es, por lo mismo, un elocuente resumen de lo expuesto anteriormente.

Instrucción y educación morales — Á pesar de cuanto dejamos expuesto, no podemos disimularnos la insuficiencia de los libros en general, tratándose de educación y aun de instrucción moral, ni los defectos particulares de la obra que ofrecemos al público. Á decir verdad, lo que siempre ha de ser mejor que una serie de lecciones y un conjunto de textos, cualesquiera que sean, es el ejercicio práctico de la virtud, el desarrollo de los hábitos buenos, el cultivo general de los sentimientos elevados y la educación de la voluntad y del carácter.

El libro es tan sólo un auxiliar; sin embargo, este auxiliar no deja de tener su importancia. Por sencillo, por elemental, por otra parte, que él se proponga ser, no debe renunciar al rigor científico, ni descuidar las grandes cuestiones morales, con el pretexto de colocarse al nivel de todas las inteligencias. En todo tratado de moral, aun en aquel que tenga pretensiones de más popular, los principios se imponen, y es preciso, como ya se ha afirmado, *que la filosofía tenga en él su puesto*. No nos dejemos arrastrar por la creencia de que las nociones de justicia y deber sobre-

pasan la común inteligencia, y que son más difíciles de ser comprendidas, por ejemplo, que las puras abstracciones de la geometría. Creemos que sea posible simplificar la enseñanza de la moral y popularizarla, sin que haya necesidad de rebajarla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO